

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DON HILARIO GONZÁLEZ

ILMOS. SEÑORES:

Son las Academias congregaciones de hombres estudiosos, instituidas para algún fin de pública y superior enseñanza. Sus puertas, cerradas siempre a la vanidad endiosada, al espíritu de improvisación y de aventura, suelen abrirse de par en par al mérito positivo y modesto, que, las más de las veces, ni aun necesita salir de su retiro para llamar a ellas. Los honores académicos van por sí mismos a buscarle, a sorprenderle quizá, en medio de sus útiles vigiliias, dándole nuevos alientos para continuarlas. No es título de alarde y vanagloria el de académico; tampoco es título de jerarquía nobiliaria, puesto que no la hay en la república de las letras; es, ante todo, título de función y oficio, que sólo pueden desempeñar los doctos y los capaces. Para empresas y hazañas de otro género, tiene la sociedad otros premios más apetecidos, más envidiados y más brillantes; al hombre literato y estudioso sólo le quedan las palmas que del estudio nacen y con el estudio crecen.

Así lo entendió nuestra Academia, llamando a su seno al estudioso, modesto y profundo cultivador de las ciencias que, de una manera singular, se relacionan con la historia de Toledo. Dificilmente me diera la Academia mayor y más grato encargo que el de dar, en su nombre, la bienvenida al Sr. D. Alfonso Rey Pastor. Esta solemnidad es para nosotros dos como la consagración, ante el ara de las nobles musas de la Historia, de una no muy antigua convivencia y confraternidad nacida junto a los muros del Alcázar toledano.

Comenzaba a iniciarse en nuestra muy querida Academia de Infantería un estado de florecimiento, tanto en instrucción como en disciplina, no igualado hasta entonces y jamás superado des-

pues. Una nueva orientación pedagógica vino a conceder máxima importancia a las clases prácticas, y, por tanto, a la instrucción del recluta, como base de las demás, organizada y unificada mediante la elección y preparación de los alumnos de segundo curso más aventajados y mejor dispuestos para, en el siguiente, instruir a los alumnos de nuevo ingreso. Como garantía del mejor éxito, comenzó a ensayarse un método de instrucción racional llevado al último extremo de perfección y en armonía con los reglamentos entonces vigentes, que aún no lo habían preceptuado.

Bien pronto hicieron notar los resultados de aquella nueva iniciativa. El 11 de noviembre de 1909 vióse honrada nuestra Academia con la visita de S. M. el Rey de Portugal, quien, acompañado de nuestro Monarca, pudo apreciar el estado de instrucción de los nuevos alumnos mandados por sus compañeros los instructores de tercer curso, desarrollando todo el programa con tal perfección, en todos sus detalles y gallardía en el conjunto, que causó la admiración de cuantos presenciáramos aquel hermoso espectáculo. La satisfacción y el entusiasmo producido en los ánimos de Sus Majestades quedaron impresos en aquella real orden del día siguiente, que, entre otras cosas, decía: «Y si la corrección suma, la gallardía y la agilidad de los jóvenes, producía vivísimo entusiasmo en Sus Majestades y en cuantos tuvieron la fortuna de presenciar tanta perfección en los movimientos tácticos y gimnásticos, todavía, a través de tan sólida enseñanza, se percibía algo más elevado que fortifica el ánimo: el espíritu militar inculcado en el alma de los que aspiran al honor de ser oficiales de nuestra Infantería.»

Todo esto, en pleno período de instrucción, pues hasta diciembre siguiente y previo examen celebrado en el campo, en presencia de toda la Academia, costumbre establecida por entonces, no fueron dados de alta los nuevos alumnos, mereciendo figurar en la orden de aquélla el primero, entre los galonistas instructores, el sargento D. Alfonso Rey Pastor. Y la cruz blanca del Mérito Militar que hoy ostenta sobre su uniforme, primera recompensa otorgada por el Rey a sus excepcionales aptitudes para el mando, presagio era de otras más excelentes que habían de desarrollarse durante los años sucesivos.

En todas las carreras profesionales del Estado, así civiles como militares, se observa que la mayoría de los que las siguen,

una vez terminados los cursos y obtenido el título, cargo o empleo para el que aquéllos habilitan, dan de mano a los libros, como enojoso recuerdo de los días en que lecciones y exámenes apremiaban. Otros, los menos, toman afición y amor al estudio; comprenden que para ser o valer algo en el mundo, no basta encarrilarse por donde van los más, y marchar a pasos contados por la misma y única senda, que todos pisan y en la que todos se igualan; y buscan estímulo y fuerza que pueden apartarlos de la masa corriente general, para ocupar lugar más alto y seguir camino menos trillado, donde no hay tantos estorbos, para avanzar de prisa.

Este es el camino de la ciencia y del trabajo intelectual a que obliga el ansia noble de poseerla, el camino en que entró resueltamente Rey Pastor, una vez ascendido a oficial de Infantería en 1910, con la nota de sobresaliente en todas las asignaturas; ingresando, primeramente, en la Escuela Superior de Guerra el año 1913, de la cual salió para el Cuerpo de Estado mayor, ocupando uno de los primeros puestos de la promoción, y sin que los servicios de su empleo entorpeciesen o desviasen en nada su creciente inclinación al estudio. De tal suerte, que, siendo capitán de Estado Mayor, quedábale tiempo para cursar sus estudios oficiales en la Facultad de Ciencias de Zaragoza; y, poco después, los de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, obteniendo en todas las materias de una y otra Escuela la conceputación de sobresaliente. No habían de faltar en su brillante hoja de servicios los prestados en Africa, muy estimables, en la Policía indígena de Melilla, primero; después en la Comisión internacional de límites en Marruecos, colaborando con la francesa en el levantamiento de la zona limitrofe y determinación de fronteras. Incansable en el estudio, sintióse, por último, inclinado a la ciencia geológica, encariñándose tanto con ella, que en 1920, después de reñido concurso de méritos, ingresó en el cuerpo de Ingenieros geógrafos, brillante corporación integrada, en su casi totalidad, por los números primeros de las diversas promociones de los cuerpos de Artillería, Estado Mayor, Ingenieros civiles y militares y Arquitectos.

Fué destinado en 1921, a dirigir la Estación Sismológica de Toledo, cuyo cometido viene desempeñando sin interrupción, y como resultado de sus continuados estudios profesionales, son muchos los trabajos que lleva publicados: informes, memorias,

croquis y mapas, con un sinnúmero de artículos y notas publicados en revistas y periódicos, habiendo sido propuesto para la concesión de la cruz de Alfonso XII por sus méritos profesionales y servicios especiales. A su entusiasmo por los trabajos topográficos se debe la publicación de un plano de Toledo, completo, en escala reducida y en forma tan práctica como sencilla, y el primer plano de las ruínas del circo romano, situado en la Vega Baja, acompañado de un documentado artículo que insertó la revista «Toledo» en 1925, merced al cual la Comisión de Monumentos, secundando las ideas del autor, comenzó a realizar, bajo la dirección del mismo y la cooperación de uno de nuestros compañeros (1), excavaciones que fueron llevadas a cabo en los dos años siguientes con éxito feliz; quedando determinada la situación de la espina, que fué descubierta con precisión matemática, proporcionando la clave del problema y evitando zanjeos inútiles. Ha practicado trabajos preliminares en las bóvedas romanas del barrio de las Covachuelas, trabajos de difícil ejecución, que han determinado una planta elíptica y hacen suponer que sean restos de un anfiteatro. Por último, él ha sido el organizador de varias excursiones científicas a Toledo, sirviendo de guía en los itinerarios geológicos y artísticos.

Estos son los títulos con que D. Alfonso Rey Pastor viene a nuestra Academia, que por su notoriedad bien pudiéramos considerarle dispensado del público, examen de calidades que la rúbrica pide en la toma de posesión de cada nuevo académico. Pero callarme sobre los merecimientos de mi insigne y querido ahijado, fuera privarme y privaros a vosotros de legítima complacencia.

El discurso que acabáis de oír, espléndidamente ilustrado con planos y gráficos, pone bien de manifiesto sus excepcionales aptitudes. Esta Academia, que las tuvo muy en cuenta, así como el valor de las recientes investigaciones arqueológicas y el que pudieran aportar las que tiene en proyecto, llamóle a su seno, persuadida del auxilio que había de prestarla en un sector de la historia de Toledo, tal vez el nuevo conocido, como lo dió a entender el hecho ya citado de haber sido suficiente con escarbar en la superficie de la Vega Baja, para desvanecer opiniones sos-

(1) El académico numerario D. Pedro Román.

tenidas en nuestros días sin serio fundamento y con menoscabo de las muy autorizadas de autores bien acreditados.

El tema escogido para su disertación, que pudiera parecer extraño a los fines que informan nuestros estatutos, no lo es, sin embargo, porque aun cuando el estudio de la naturaleza del suelo toledano y el de sus transformaciones experimentadas en épocas anteriores a la vida humana sobre la tierra cae fuera del campo de la Historia, es lo cierto que, tratándose de Toledo, no es posible prescindir del doble carácter monumental y topográfico que le distingue de todas las demás ciudades; carácter que ha movido la pluma de tantos escritores como la estudiaron y cantaron, y ante cuya presencia quedan sorprendidos y admirados cuantos por vez primera la visitan. Naturalismo era, y apropiado al caso presente, que quien vive penetrado de los secretos de la ciencia geológica, prescindiese por esta vez del Toledo, como obra del hombre, y nos entretuviese, como él mismo nos dice, y nos recrease el espíritu «con el examen de la obra magna del Creador, que tuvo como artífices misteriosos a los agentes de la naturaleza que han modelado este trono, predestinado para que en él posaran las coronas de los pueblos hispanos.»

No ha mucho que otro de nuestros compañeros, en ocasión como esta, nos leía su magistral estudio prehistórico-etnológico; con feliz ingenio, envuelto en sugestionador lenguaje, que aún repercute en nuestros oídos, nos trasladaba con la imaginación a los campos paleolíticos toledanos, con su natural deseo de ponernos en comunicación con el hombre primitivo y colocarnos, si le hubiera sido posible, en el límite de los prehistóricos. Y al afirmar nuestro Director, en su discurso de contestación, que la prehistoria es una rama desprendida de la Geología, parece lógico que el estudio de ésta, como tronco que es de aquélla, pueda considerarse comprendido dentro de los fines de nuestra Academia. O lo que es lo mismo: si los restos del hombre primitivo hay que buscarlos en el seno de la tierra, que es nuestra madre, el estudio de ésta debiera servirnos como de introducción al de la Historia.

Luego si la Geología nos da a conocer el origen y la naturaleza del suelo, sobre el cual se asienta Toledo, a la Historia incumbe afirmar que a su especial estructura néisica se debe en gran parte la conservación del conjunto de sus monumentos, que a

través de los siglos y a pesar de la incuria de los hombres, aún admiramos. Nuestra Catedral, la Toda Hermosa, como la apellidara el poeta, cuya resistencia fué puesta a prueba más de una vez por el hombre, no se hubiera mantenido enhiesta, ni los muros del Alcázar y de San Juan de los Reyes hubieran resistido los duros golpes de la adversidad sin la fortaleza del suelo sobre que descansan. Hundiéronse varias veces las bóvedas de la Catedral de Sevilla, y no ha mucho que la cúpula del templo del Pilar se estremecía por falta de sustentación. ¿Quién no recuerda el movimiento sísmico ocurrido en la Península el 1.º de noviembre de 1755? Al primer sacudimiento convirtiéronse en ruinas centenares de edificios en Lisboa, y las aguas del Tajo eleváronse a diez pies sobre su nivel ordinario en Toledo, sin que se resintiesen lo más mínimo ninguno de sus monumentos (1).

Separado de la arcaica meseta neífica el peñón toledano, para que sirviese de refugio a las primeras tribus y de codiciado dominio, después, a pueblos de diferentes razas, acabáis de oír cómo, obedeciendo a leyes previsoras de la Omnipotencia, fué abriéndose lentamente el hoy profundo cauce o meandro del Tajo que casi rodea a Toledo, prestando al cerro esbeltez y fortaleza, sin que para ello fuese menester el milagro de suspender aquéllas sus leyes abriéndose la roca al conjuro de su palabra como sucediera, andando el tiempo, con las aguas del mar rojo. Teoría científica por demás ingeniosa y sorprendente, como todo cuanto proviene de la naturaleza, la mantenida por Rey Pastor con otros eminentes geólogos, y que nuestra Academia debe aceptar y divulgar frente a otras menos científicas de autores antiguos que escribieron de Toledo.

Otros aspectos, además del geológico, base de todos ellos, nos ofrece el notable trabajo del nuevo académico. Estudia en él el cerro toledano bajo el punto de vista geográfico y topográfico; describe sus principales relieves, sus vertientes e intrincada red urbana, sin olvidar el carácter de fortaleza natural que tuvo siempre; y como ejemplo del auxilio que la Geología y Fisiografía pueden prestar a los estudios arqueológicos, nos ofrece un bosquejo del que tiene en preparación sobre la reconstrucción teórica del acueducto romano; problema importante bajo el punto de vista arqueológico y de grandes enseñanzas para la vida actual

(1) Los Héroes y las Granderas de la Tierra, t. VI, p. 297, Portugal.

económica de nuestra ciudad que, después de dos siglos, no acertó a resolver.

Período es este de nuestra historia, el romano, en que el nuevo académico puede desarrollar sus envidiables facultades, bien desplegando sus propias iniciativas, bien cooperando a las ya emprendidas por esta Real Academia. Pocos años hace que, debido a la casualidad, y sin que ello fuese motivo de sorpresa para los inteligentes, aparecieron trozos de vía romana en el subsuelo de algunas calles céntricas de Toledo. Varios académicos descendimos a verlos, guiados por nuestro primer Director don Rafael Ramírez de Arellano, quien certificó su autenticidad, y fijada su igualdad en nivel y orientación, con el propósito de ponerles en comunicación, obra fácil de ejecutar, y adquirir elementos de juicio con que destruir tanta fábula como en torno de la famosa cueva de Hércules intentó la fantasía; su estudio quedó suspendido y en la actualidad olvidado. Aún no sabemos a qué atenernos respecto al muro romano que defendió a la ciudad, cuántas y cuáles fueron puertas de entrada, y si la llamada vía lata descendía por la vertiente de la Cabra a la huerta del Rey y cruzaba el Tajo, próxima a Safón, como algún escritor escribió; o si, como es lo más probable y muchos escritores lo afirmaron, continuó hasta el cerro de San Servando, y descendiendo por el mismo cruzó el río por el puente romano, sobre cuyos cimientos reconstruyóse después el hoy denominado Alcántara. Temas todos ellos cuyo estudio requiere una especial preparación, fuerza de voluntad para emprenderle y perseverancia para llevarle a cabo con soluciones que satisfagan a la ciencia histórica.

Mucho espera esta Real Academia de la activa colaboración del nuevo Académico en esta clase de trabajos. Apresurémonos, pues, a dar el fraternal abrazo de bienvenida a quien tan de veras lo tiene merecido.

HE DICHO.

